

el genio y el espíritu de estas naciones que antes prefirieron sucumbir á permanecer estancadas en el régimen colonial.

Y fueron, por último, esas batallas para la América en general, lo que para nuestra República fué Ituzaingó, que vino á definir por completo de la suerte del país, abatiendo el poder extranjero y la que dió para siempre Independencia á este noble pedazo de tierra.

Gloria á los héroes de América y honor á sus hijos que han pugnado por conservar intactas la libertad y la democracia, que á costa de tantos sacrificios y selladas con sangre de patriotas aquellos conquistaron en legendarias luchas!

*Fernando Sierra*

## IDILIO CRIOLLO

POR DOMINGO ARENA

Leído en la velada organizada por los estudiantes de Preparatorios

### I

De veras, nunca organismo alguno sintió con más rapidez los beneficios de la vida del campo. Agüeda que se marchitaba en la ciudad, recobró de repente su lozania al sentirse acariciada por el aire libre, por el sol, por las frescas brisas saturadas de los puros aromas que exhalan las verdes cuchillas y los montes floridos. Parecía que su juventud endeble se vigorizara al contacto de la vigorosa y eterna juventud de las campañas, y daba gozo ver los aleteos crecientes de su vida antes aletargada, mostrándose en los subidos colores que asomaban á su terso cutis.

Si carácter se modificaba también con su bienestar físico. Se volvía alegre, comunicativa, y aprovechaba las horas frescas de la tarde en correr hasta el cansancio bus-

cando flores silvestres ó persiguiendo algún pichon de pájaro que empezaba á ensayar sus alas, para agarrarlo, y soltarlo despues, aturdido por las caricias. Rendida yá, se recostaba en el pasto, y con mirada perdida, contemplaba el paso de alguna bandada de palomas, volando de prisa, muy arriba hasta perderse de vista, la arreada de algunos caballos que llegaban tristes y cabizbajos al corral presintiendo su encierro; ó el soberbio acostarse del sol en su suntuoso lecho de caprichosas y coloreadas nubes.

En estos momentos soñaba *mucha*. Su imaginación volaba más arriba, más de prisa que las mismas palomas.

Pero no soñaba por cierto con su prometido que hacía tres meses que no veía ; soñaba con algo nuevo, desconocido hasta entonces para ella, que había empezado á germinar en su sér, allí, en los momentos de quietud magestuosa, y cuyo deseado arribo que adivinaba, esperaba con misterioso recojimiento, como debe adivinar y esperar la planta jóven, el momento deseado de producir sus flores, atributo el más grande de su vida.

Una de esas tardes, en momentos en que volvía á las casas, iban á matar una rez de la manera bárbara habitual que aunque hace crueles á los gauchos, no contribuye poco á formar su carácter valiente siempre, á veces temerario. Para mirar bien aquel espectáculo para ella nuevo, se subió á una de las ventanas de la casa.

Dos hombres traían por delante, entre otros animales, la vaca que iban á carnear. Uno de ellos la enlazó, y la osca que era grande y brava, al sentir el lazo, bajó las aspas, bramó de coraje, y forcejeando por desasirse, empezó á mirar con torvos ojos y correr de un lado para otro como si fuera á atropellarlo todo.

Mientras el que la había enlazado se esforzaba por suje-

tarla haciendo cinchar con maña su caballo, el compañero se apeó, desenvainó el facón y se acercó resueltamente á la vaca, que al verlo, bajó más las guampas y lo atropelló como para aniquilarlo; pero él sin turbarse con gran soltura le sacó el cuerpo, y echándose rápidamente á un lado la desjarretó de una pata con un fuerte hachazo. En seguida, sin detenerse á desjarretarla de la otra, avanzó otra vez hácia el animal que seguía con mas bravura atropellando en tres patas, y tomándola sin miedo por una guampa le hundió el facón en el pecho--á la vez que volvía á sacarle el cuerpo para evitar la postrer cornada.

Un rio de sangre brotó de la feróz herida. La osca al sentir en el corazón la fría sunrada del puñal se paró de repente electrizada; levantó la cabeza revolviéndola con ansia como si quisiera echarle en cara al cielo aquella *infamia*; lanzó un quejido poderoso, desgarrador; y despues de correr un momento, temblorosa y jadeante, cayó sentada sobre sus anchas ancas. En seguida se le vidraron los ojos, se le aflojaron las manos, y mientras seguía corriendo la sangre y sus bramidos se hacían mas lastimeros, dejó caer la cabeza del lado de la herida, para retorcer al fin los ojos con un último rajido, débil, como un gemido moribundo. Todavía algunas convulsiones movían sus ya rígidas patas, cuando despues de cortarle la punta de la lengua que había sacado fuera de la boca, la empezaron á desollar, descubriendo la carne que humeaba palpitante.

Águeda no pudo mirar con la atención que deseaba el triste cuadro, porque desde el principio no tuvo ojos más que para uno de sus detalles: el matador. Nada vió que no tuera la varonil soltura de su cuerpo, su correcta robustez, y su arrojo expontáneo y sereno.

Aquel jóven que no debía pasar de los 20 años era Facundo, que vivía vecino de la estancia unas dos leguas, sin más familia que la madre ya vieja y achacosa; á la que le dedicaba todos los momentos que le dejaban libres, el cuidado de la majada, de la tropilla y de algunos otros animales que formaban el conjunto de su exigua hacienda.

Estos hechos y el mismo Facundo, eran desconocidos para Águeda. Lo vino a conocer ese día, en que casualmente le habló por haber llegado á la casa despues de concluida la tarea; dejándole al marcharse, con su cortada actitud y sus formas de Dios Olímpico, una impresión vaga, extraña, como si la sombra de *aquí! algo desconocido* motivo de sus sueños, le hubiese penetrado dentro del pecho, empañando el vacío de su alma. Por su parte el pobre Facundo, cuando hundió su mirada tímida en la ardiente y profunda de la otra, sintió que una ola de sangre se estrellaba contra sus sienas, y en seguida un mareo, como si se hubiera asomado á sima profunda, á un pozo sin fondo.

Desde ese día, Facundo no dejó de venir uno solo á la estancia, acompañado de excusas torpemente rebuscadas que justificaran sus frecuentes visitas. El deseo de verse cerca de la Señorita lo perseguía constant mente, y al poco tiempo dominado por el, ya olvidaba el cuidado de su majada, el orgullo que sentía por su magnífica tropilla, y hasta las atenciones para con su vieja madre que antes le eran tan queridas. Hubiera deseado no apartarse de ella, para mirarla, silencio ó, estasiado; y cuando eso no fuera posible, recostarse á la ventana donde ella se había recostado, ó sentarse en su silla, como si en estas cosas encontrara vestigios de ella, que quisiera adorar como á reliquias.

En tanto, Águeda, que desde el principio se sintió arastrada hácia él con fuerza irresistible, y que pronto acabó por amarlo ardientemente, miraba aquello enagenada, satisfecha de sí por haber conseguido empapar de su amor, todas las fibras de aquel hombre apasionado. En su entusiasmo olvidaba su rusticidad, su falta de mundos; y hasta encontraba un extraño placer al verlo ante su lado, sin saber que hacer de sus propios brazos, como si encontrara en ésto, una prueba más, de que todo él le pertenecía por completo.

Fácil fué para Águeda, hacer íntimas las relaciones de ámbos. Dos meses después del día en que se conocieron, tenía en Facundo, un amigo inseparable, que lo acompañaba en las pesadas siestas, conversando á la sombra de los verdes saucos; en los paseos ya fueran de á pié ó de acaballo, y en las veladas de las noches largas, hasta muy tarde, hora en que él se iba para su casa, enloquecido de contento, haciendo correr en la oscuridad su caballo, como si tuviera prisa de esconder su dicha en la sombra, para gozarla á solas, donde ni las estrellas lo vieran.

En esos paseos y veladas, él con rara verbosidad, le hablaba de toros enfurecidos luchando con encono, trenzados por las robustas astas, hasta tronchárselas, de potros derrengándose á coces, celosos de la joven potranca, de pelcas sangrientas entre gauchos, provocadas por una palabra, por un gesto, nada más que por el retorzar de la hirviente sangre demasiado apretada dentro de las venas llenas por demás, y de esas otras mil luchas, con que manifiestan su potente vigor los hijos salvajes de la naturaleza.

Le hablaba de las llanuras donde viven el venado y el ñandú, de las ciervas escapadas de esos montes exhube-

rantes de savia, palpitantes de vida, donde en pleno caos, confundidos, se anida desde la tierna mariposa hasta el espeluznante reptil; de esos hermosos arroyos que corren como adormecidos entre los verdes árboles, para despertar de repente y mostrarse turbios, desbordados y amenazadores, arrastrando cuanto se deja estrechar entre sus brazos anegadores; y le hablaba en fin de carreras, riñas, hierras y apartes, y de cuanto constituye la vida del campo con todos sus goces y penurias.

A su vez ella le hablaba de lo que Clara desconocía; de las ciudades, esos organismos inmensos que extienden sus pesados miembros por leguas; que lanzan por cientos de chimeneas el turbio aliento de su fatigosa actividad; muestran el palpitar de su corazón poderoso, en el estrépito de sus fábricas y en la baraunda de sus cafés y de sus calles, y donde los hombres viven apilados en cuartos, como las abejas en las apretadas celdas de las colmenas. Se hablaba también del mar, ese monstruo de agua, inmenso, lleno de vida, que alimenta en sus entrañas peces más grandes que toros, y sobre cuyo movedizo lomo se pasean botes como cerros, lo mismo que parásitos por encima de elefantes; que cuando está tranquilo es azul como el cielo á quien le sirve de espejo, y con el que parece confundirse á lo lejos en un abrazo eterno. Y al fin le describía sus furros; como, cuando en medio de la tempestad al sentirse batido por el poderoso aliento del cielo se revuelve sobre la arena, lanza al aire su omnipotente grito de furia que ensordece á la natura toda, y mientras hincha el lomo, y destroza en sus profundas arrugas los parásitos que lo surcan, se levanta hasta el cielo, para escupirle al rostro su rabiosa espuma. Y como sigue así, días y días, hasta que cansado se aletarga entregándose al reposo, pero

siempre murmurante, como 'si en sueños le contara á su hermana la tierra, sus dolores y quebrantos.

Por mucho que gustaran á Agueda estas conversaciones tenía momentos de tristeza profunda. Pensaba en el amor que los consumía, y que tenía que vivir latente dentro de sus pechos á causa del silencio de Facundo que parecía dispuesto á morirse sin aventurar una queja sobre sus sufrimientos. Mas aún: Alentada por el ejemplo de amor que con la primavera prodigaban los pájaros, se permitía, á veces entre suspiros algunas insinuaciones que eran comprendidas. Pero entonces la verbosidad de Facundo se acababa; se quedaba cortado, sin atreverse á mirarla, sin acertar á decir una sola palabra. Es que el pobre sentía demasiado para poder hablar.

Una tarde se habían entretenido como otras veces pescando en uno de los pequeños puestos del arroyo. Tarde ya, estaban sentados en la barranca, envueltos en el tibio suspiro de cansancio, que lanza la tierra al finalizarse uno de esos largos y pesados días de Enero. El agua del arroyo se mostraba gris, reflejando el espeso monte que se cubría de sombras, mostrando solo á ratos manchones dorados: sus árboles mas altos rociados por la luz del sol que ya se extinguía. Ramos de apiñadas flores, se levantaban curiosos sobre los anchos y verdes camalotes. Un casal de torcazas se arrullaba parada en la rama mas alta de un seiño, lleno de las rojas corolas de sus flores, y un martin pescador volaba rozando al agua, bulléndose á ratos para aparecer enseguida con alguna mojarra apretada en su largo y chato pico.

Facundo había recojido los aparejos y sentado al lado de Agueda miraba los anchos círculos que hacían las piedras tiradas distraidamente por ella en el agua. De repen-

te ésta, recostándose en el pasto con una mano, se volvió hacia él, suspiró con fuerza y lo miró de muy cerca con los ojos desmayados, temblándole el seno de emoción. Después sin darse cuenta de lo que hacía, le tomó una mano, se la estrechó con fuerza y se quedó un momento con la boca entreabierta, mirándolo con mas fijeza como si quisiera inundarlo en el voluptuoso fluido que brotaba de sus grandes ojos negros. Facundo se quedó pálido; sintió que le saltaban las sienes, y se retorció incendiado bajo aquella ardiente mirada, como un pedazo de yesca herida por el sol al través de una lente convergente, quedándose ahogado sin poder hacer un solo movimiento.

*Domingo Arenas.*

*Se continuará*

## MIS NOVIAS

(Leídas en la velada de la facultad de preparatorios)

Eran cuatro las novias que yo tenía  
 Y á las cuatro con toda mi alma queria...  
 Cuatro flores lozanas, encantadoras,  
 Lo mas lindo del gremio de planchadoras.  
 Ay!... sus bocas, sus ojos, sus orejitas,  
 Sus dorados cabellos, sus frentecitas,  
 Semejaban, en niñas tan atrayentes...  
 Bocas, ojos, orejas, cabellos y frentes.  
 El mismo día todas el *st* me dieron  
 Y á la vez sus *papases* lo consintieron.  
 Era un *barro* que hacía sin duda alguna  
 Querer con todas ellas probar fortuna,  
 Porque ví, no muy tarde, que era preciso,  
 El salvar de algun modo tal compromiso  
 ¿Qué iba á hacer yo, Dios Santo con cuatro esposas?... ,  
 Mi horizonte, adornado de bellas rosas,